

CLUB DEL MISTERIO

RICHARD S. PRATHER



**SENDERO
DE PERDICION**

44

Los hombres y los mujeres que Raúl Evans, el magnate de Hollywood, había invitado a su fastuosa residencia, pensaban completar la fiesta de manera excesivamente alegre. Pero su diversión terminó bruscamente: Zoe, la joven y hermosa secretaria, yacía muerta en el fondo de la pileta de natación. Su cuerpo había sido mantenido bajo el agua por una pesada parrilla de hierro, y un alambre se enroscaba alrededor de su garganta y sus tobillos.

«¡Zoe! ¡Dios mío! ¡Se mató!»

Aquel grito, sugiriendo la absurda posibilidad de un suicidio, aumentó las sospechas de Shell Scott, el detective privado, acerca de los invitados a la fiesta. Nadie se interesó por la joven muerta. Nadie lloró... Y Scott se propuso «desmantelar Hollywood» para encontrar al asesino. Pero el descubrimiento del criminal se produjo por un camino que ni el mismo Scott pudo imaginar.

Orden de aparición de los personajes

Scott, *detective, más o menos privado, a quien las balas causan una impresión desagradable.*

Dot English, *una Caperucita amarilla y, además, sensual.*

Helen Marshal, *96, 55, 96, probable reencarnación de Astarté; primera estrella de Reina de la jungla, película que dirige.*

Raúl, *un director afortunado cuya esposa tal vez quisiera divorciarse.*

Louis Genova, *productor capaz de cualquier esfuerzo para multiplicar sus dólares.*

Swallow, *Un libretista habituado a desvalijar cerebros.*

Douglas King, *bruto autor que hace en las películas el personaje de Bruto.*

Sherry (Lola Sherrard), *emborracha a Scott con gin y jugo de naranjas y... otros alcoholes.*

Phil Samson, *el necesario inspector de policía, pero que en vez de pipa fuma unos extraños objetos que despiden humo verde.*

Peter Bondhelm, *afligido inversor principal de Reina de la jungla, que paga sus deudas con acciones.*

Fanny Hillman, *una cosa fofa y, además, periodista cinematográfica.*

Archer Block, libretista; tal vez, más exactamente, sublibretista.

Capítulo primero

Me sentía confundido como un conejo impotente, en primer lugar porque no sabía en qué dirección mirar. La rubiecita a la que todos los concurrentes a la fiesta llamaban Dot estaba bailando un cancán improvisado, y, aunque no estaba vestida para este tipo de baile, indudablemente tenía las cualidades necesarias para interpretarlo. Simultáneamente, en el extremo más apartado de la sala, se encontraba una belleza de piernas deliciosas cuyas formas parecían diseñadas por un maniático sexual.

No sabía si contemplar la danza o las formas, pero no quería perderme nada, de modo que alternaba las miradas. Mis ojos estaban pasando por momento tan difícil que en un par de oportunidades temí que chocasen entre ellos. Sin embargo, Dot terminó finalmente el baile y se dejó caer sobre un sofá. Era una mujercita menuda, que no medía más de un metro cincuenta de estatura, bien redondeada y con una piel blanca inmaculada.

Bebí un trago de mi *highball*, con la esperanza de que eliminase la sequedad de mi garganta. Mi esperanza se vio frustrada. Desvié la vista, esperé más o menos un minuto, y entonces me puse de pie y atravesé la alfombra de la sala en dirección a la belleza de piernas maravillosas.

Usaba un vestido blanco sin breteles y estaba recostada contra la pared, mirando por el inmenso ventanal. Su suave cabellera rubia platinada caía sobre sus hombros y se ondulaba en un largo rizo estilo paje. Mi pelo cortado al rape es casi blanco, lo mismo que mis absurdas cejas, y

ésta era una de las pocas mujeres que conocía cuyo pelo era más claro que el mío. Exceptuando las ancianas. Esta no era una anciana. Estaba varios años por debajo de mis treinta.

La radio todavía vomitaba un ruido infernal y ella no oyó que me acercaba. Me detuve frente a la muchacha y le dije con tono cordial:

–Hola. Soy Shell Scott.

No agregué nada, esperando su reacción.

Ella giró la cabeza lentamente y me miró con sus ojos profundos, castaño oscuro, con pestañas que usaba como látigos. Su piel había sido quemada por incontables soles, y su larga cabellera que quizá en un tiempo había sido rubia dorada producía un efecto sorprendente en contraste con el tono bronceado de su rostro y de sus hombros. Los dientes blancos, parejos, centellearon detrás de los maduros labios rojos que se curvaron en una sonrisa mientras ella agitaba las pestañas un par de veces y decía dulcemente:

–Hola. Yo soy Helen.

Esa se estaba convirtiendo en una reunión sensacional.

Yo no diría que era una fiesta típica de Hollywood, pero no es arriesgado afirmar que era una típica fiesta desenfrenada, audaz y escandalosa de Hollywood. Y en este sentido se parecía mucho a las fiestas de este tipo de cualquier lugar del mundo. Como detective privado –el personal completo de Sheldon Scott, Investigaciones– yo era el único advenedizo en la casa de Raúl Evans en las colinas de Hollywood. Las otras nueve personas formaban parte todas de Producciones Louis Genova, una compañía independiente productora de películas que en la actualidad estaba dedicada a filmar *Reina de la Jungla*. Estaban presentes Louis Genova, el productor, y el director, el libretista y las estrellas masculinas y femeninas. También estaban presentes cuatro de las chicas extras que debían correr gritando por la jungla y arder en la piras. Me parecía que

de un momento a otro iban a empezar a correr y a gritar, a pesar de que era una hora avanzada de la tarde del domingo y la filmación de la película no volvería a empezar hasta el día siguiente. Ninguno de los hombres presentes me resultaba particularmente simpático, exceptuando a Raúl Evans, el anfitrión, pero lo cierto era que yo no había concurrido para simpatizar con los hombres.

—¿Helen qué? —le pregunté a la muchacha, que me miraba cordialmente.

—Marshal.

—Oh, entonces usted es *la* Helen. La Reina de la Jungla en persona.

—Efectivamente. Es la primera vez que lo veo, ¿verdad?

—Llegué hace apenas diez minutos. Este es todavía mi primer cóctel. Es una linda fiesta.

—Hummm. Linda.

Ella también lo era. Alta y cimbreante. En ese momento me sonreía, y era una mujer deliciosa. Se lo dije y agregué:

—Mientras usted busca un significado oculto en mis palabras, ¿quiere que vuelva a llenar su vaso?

—*Whisky* y *soda*. Por favor.

Estábamos en la amplia sala de la residencia que Raúl tiene en una colina de Durand Drive, detrás de Hollywood, y podíamos mirar a través de una pared completa de vidrio y ver la carretera que se alejaba zigzagueando, empequeñeciéndose y angostándose a medida que se acercaba a la ciudad de abajo. Veíamos la pileta de natación situada a quince metros de la casa, y el césped verde rodeaba la pileta y se extendía treinta metros cuesta abajo. En el interior de la habitación el murmullo de la conversación se mezclaba con el tintineo del hielo en los vasos cuando la potente música de la radio no ahogaba todos los otros ruidos. La gente estaba despatarrada en los divanes de felpa o se sentaba en los profundos sillones. Todos parecían estar bebiendo. Atravesé la habitación hasta un

bar con tres taburetes adosado a la pared, y llené un vaso con *whisky* y soda para Helen y otro con *whisky* y agua para mí.

Mientras mezclaba el líquido estudié a los otros ocupantes de la sala. Yo no había sabido qué esperar cuando Raúl me había telefoneado, pero el proyecto me había parecido interesante. Me había llamado a mi departamento de Hollywood aproximadamente a las tres de la tarde. Después de la cháchara habitual me preguntó:

–¿Hoy estás cazando a algún asesino, Shell?

–Ni asesinos ni nada.

–Entonces ven a mi casa, hermano. Tengo una fiesta muy movida. Más tarde nos zambulliremos. Se trata de algo excepcional.

–¿Una fiesta?

–Una fiesta. Vendrán algunas chicas extras..., mujeres, quiero decir. ¿Crees que podrás entretenerlas?

–¿En qué sentido lo dices?

–¿Vendrás?

–Ya estoy yendo. Prepárame un trago. Llevaré mi malla más exótica.

–Muy bien, ingenuo. Puedes traerla si lo deseas.

Y ésta había sido toda la invitación. Hacía más de seis años que yo conocía a Raúl, o sea aproximadamente desde que había instalado la agencia en el centro de Los Angeles, y él era uno de los pocos tipos de la industria cinematográfica con los que me entendía bien. Últimamente había estado ofreciendo tantas fiestas extravagantes que esto empezaba a ser motivo de comentarios públicos e incluso de notas en las columnas entrometidas. Pero a diferencia de los periodistas, yo opinaba que esto era puramente de su incumbencia.

De modo que aunque no formaba parte del mundo del cine, yo estaba allí. Apenas había llegado, Raúl me había dado un vaso y me había presentado en masa, según

la costumbre en estas reuniones, pero yo podía recordar la mayoría de los nombres que había mencionado.

Raúl era el director de Genova en «Reina de la Jungla», y él y el mismo Genova, un hombre morocho, de aspecto preocupado y de más o menos un metro setenta de estatura, estaban estudiando unos papeles sobre la tapa de un piano enorme, en tanto que el autor de moda, Oscar Swallow, que había escrito el original de *Reina de la Jungla* para Genova, espiaba por encima de sus hombros. Swallow era soltero, lo mismo que yo, y evidentemente se consideraba casadero.

El único otro hombre presente, Douglas King, era también el único inteligente, según mi opinión. Era la estrella masculina de *Reina de la Jungla...* y efectivamente era muy masculino. Tenía puesto el pantalón de baño, aunque todavía nadie había ido a la pileta, y tenía el físico de un par de dioses griegos combinados. Tenía entendido que en la película era Bruto, el tipo que se hamaca entre los árboles y rescata a todo el mundo de los gorilas y de otros peligros. Digo que era inteligente porque la pequeña Dot estaba sobre sus rodillas y le susurraba algo en la oreja. Supongo que le estaba susurrando. De todos modos algo hacía allí.

Las otras tres muchachas se reían juntas mientras yo terminaba de llenar los vasos. Escuché su conversación durante algunos segundos, mientras ellas cambiaban informaciones.

—... es un verdadero personaje —decía una de ellas, una pelirroja—. Tiene dos piletas de natación. Prepara el elenco como lo hacía Ziegfield..., ustedes saben, pone una moneda entre sus muslos, sus rodillas y sus pantorriñas. Tiene que sostener las tres...

—Sylvia no podría hacerlo ni usando pilas de monedas. Diablos, tampoco lo necesita. No es sosteniendo monedas entre sus...

–¡Esa Sylvia! Adelanta los labios y ya está contratada. Si yo...

Sonreí alegremente y volví junto a Helen llevando los dos vasos. Le pasé el *whisky* con soda y comenté:

–No la vi al entrar. Generalmente estoy mucho más despierto.

–Puede repararlo ahora –ella me recorrió con la mirada –. Usted debe ser el más corpulento de los invitados. ¿Cuánto mide?

–Un metro ochenta y cinco. O un poco menos. Y peso aproximadamente ciento dos kilos. ¿Conforme?

–Mucho –ella estiró la mano con indiferencia y con un dedo terminado en una uña roja trazó una línea a lo largo de mi nariz ligeramente torcida–. ¿Qué ocurrió?

–Rota. En la infantería de marina. No durante la operación de policía..., fue antes. Una de las grandes guerras que hacen que el mundo sea un lugar seguro para los muertos.

Ella estaba mirando mi oreja izquierda, a la que le falta un pedacito.

–Una bala –expliqué– en una guerra privada. –Esta parecía una fiesta en la que un hombre podía arriesgarse, de modo que agregué–: Ya que estamos en las estadísticas vitales... –y dirigí la mirada hacia abajo.

–Noventa y seis –respondió suavemente y sonriendo–. Un poco más.

Bajé más la vista.

–Cincuenta y cinco.

Volví a bajarla. Ella no dijo nada. Esperé un momento, y entonces volví a mirar su rostro. Ella se estaba riendo silenciosamente.

–¿No hay estadística? –pregunté.

–Vuelva a probar. ¿Qué estaba mirando?

–Cómo... eh... ja. Bien, usted sabe. Bien...

Ella interrumpió mi explicación lógica manifestando:

–También noventa y seis. ¿Le parece bien?

–Bastará –respondí, devolviéndole la sonrisa.

Alguien me palmeo el hombro justo a tiempo para evitar que me perdiese por completo en esta conversación. Me volví. Era Raúl.

–Te saludo nuevamente, Shell –exclamó-. ¿Te alegras de haber venido? –y cuando hice un gesto de asentimiento agregó–: Veo que has elegido a nuestra estrella.

–Ajá. Esta película va a producir dinero.

–Gracias, señor –dijo Helen.

Miré hacia el piano, donde todavía estaban Genova y Swallow. Este se erguía sobre el productor, que era mucho más bajo que él. También contrastaban en otros aspectos. Swallow era un escritor de Hollywood que aparentemente trataba de parecer un escritor de Hollywood y de comportarse como tal, y resultaba una gran mancha de color junto a Genova, que usaba un sencillo traje oscuro cruzado. Swallow hablaba lentamente, se movía lentamente; Genova era una pequeña dínamo de cuarenta años, de locuacidad acelerada y de movimientos rápidos y nerviosos, que me producía la impresión de un hombre que bajaba a la carrera por las escaleras mecánicas. En ese momento estaba blandiendo una hoja de papel en la mano izquierda y hacía chasquear nerviosamente los dedos de la mano derecha, utilizando una fracción de su exceso de energía. La parte más llamativa y evidente de sus rasgos consistía en el par de grandes cejas negras que subían y bajaban por su frente mientras hablaba. Me habían contado que Genova tenía un solo dios: el dinero. Se parecía a mucho a una gran cantidad de hombres obsesionados por el ansia de dinero y del poder que éste representa, y habría apostado cualquier cosa a que tomaba píldoras.

Señalé con la cabeza a los dos hombres que estaban junto al piano.

–¿Negocios? –le pregunté a Raúl.

–Sí. Surgieron después que empezó la fiesta. En realidad Genova no encaja bien en la... eh, la atmósfera de

abandono que reina aquí. Telefoneó por unos cambios de último momento para la filmación de mañana, y prácticamente me vi obligado a invitarlo –Raúl sonrió–. Habría preferido morirme antes de dejar yo la reunión.

La sonrisa de Raúl iluminó todo su rostro simpático. Invariablemente me hacía sentir deseos de sonreír a mi vez. Era casi tan alto como yo, pero era delgado, y tenía un bigote espeso y prolijamente recortado sobre su largo labio superior. Raúl y yo no nos paseábamos palmeándonos mutuamente la espalda y diciendo cuánto nos apreciábamos. Pero el afecto estaba presente, y era correspondido por los dos.

–¿Más cambios en *Reina de la Jungla*, Raúl? –preguntó Helen.

–Me temo que sí –se volvió hacia mí–. Ya estamos pasándonos del presupuesto fijado para esta maldita película. Sin embargo preferiría que L. G. solucionase estos problemas en horas de trabajo –volvió a sonreír y encogió sus hombros magros–. Así le resultaba más barato. Al diablo con todo. Vamos a beber un trago... y que sea doble.

Se alejó. Yo miré a mi alrededor durante algunos segundos, y una idea descabellada que se me había ocurrido antes volvió a penetrar en mi cabeza.

–¿Notas algo particular? –le pregunté a Helen, volviéndome hacia ella.

–¿Particular?

–Algo extraño. Absurdo. Fuera de foco o algo parecido.

–¿Respecto a Raúl?

–No sólo respecto a Raúl. En todos. En toda la fiesta.

Desde el momento en que había entrado, había intuido que algo estaba fuera de lugar. Y la sensación había persistido a pesar de la hilaridad y de la risa y de la evidente alegría de algunos de los presentes, entre los que estaba incluido yo. Me parecía que, incluso por tratarse de una fiesta como ésa, los invitados se estaban esforzando

demasiado, se reían demasiado estrepitosamente, se palmeaban las espaldas con demasiado entusiasmo. Parecía existir una tensión en el ambiente, como si alguien o todos hubiesen estado sometidos a presión y esta sensación se hubiese extendido como una mancha por el cuarto.

—No sé —dijo Helen lentamente—. Quizás. ¿Qué quieres significar?

—Bien..., es una linda fiesta, pero parece... —busqué la palabra—. Parece un velorio. Tú entiendes. Todos necesitan emborracharse para divertirse. O es como si la gente estuviese simulando.

—Creo que estás exagerando —comentó ella, bebiendo un trago de su *whisky*—. Pero es una colección rara de gente, ¿verdad? Aquí hay distintas variedades de preocupaciones. Toma a Raúl. Supongo que sabes que su esposa está en Tahoe.

Yo lo sabía. Raúl había correteado durante demasiado tiempo y en forma excesivamente indiscreta, y su esposa, Evelyn, había terminado por enfilarse hacia el lago Tahoe y la hostería Cal-Neva hacía cuatro o cinco semanas. Tahoe había reemplazado a Las Vegas y Reno para muchas de las parejas de Hollywood que deseaban un fin rápido. Conocía a Raúl lo bastante bien como para saber que esto no lo alegraba, pero después de la partida de Evelyn no había hecho nada más que dedicarse a las juergas con mayor desenfreno y durante más tiempo cada vez que se le presentaba la oportunidad.

—Genova tiene problemas de dinero —agregó Helen—. La esposa de King le está disputando la tenencia de sus dos hijos. Incluso Swallow tiene preocupaciones particulares —ella titubeó y agregó—: Quizás.

—¿Y tú? —le pregunté— ¿Puedo solucionararte algún problema?

—Sí —asintió ella firmemente—. Me estaba divirtiendo hasta que te pusiste melancólico. ¿Comprendes que estropeaste una conversación que era de mi gusto?

–Lo lamento, Helen –le contesté sonriendo–. Volveré a empezar. ¿Cómo le va, señorita? Estoy pensando en fundar una colonia de nudistas. Lo único que necesito son los nudistas. ¿Puede sugerirme algo?

–Así me gusta más –dijo ella–. Anótame. ¿Dónde se instalará?

–Las asambleas organizadoras se realizarán en el Spartan Apartment Hotel de Hollywood. Justo frente al Wilshire Country Club, que sería el lugar ideal.

–Aunque un poco indiscreto –comentó ella–. El Spartan. Supongo que allí vives tú.

–Efectivamente. Te elegiré reina de la Colonia Nudista Shell Scott.

–¿Y el rey? –preguntó ella sonriendo. Me azotó con las pestañas y agregó–: No me lo digas. Pero me imagino que King Kong querrá participar.

–¿Douglas? Está excluido. Sólo acepto solicitudes de seres humanos –miré en dirección a él, y me sorprendió descubrir que me estaba fulminando con los ojos–. ¿Qué bicho le ha picado?

–Le gusto –respondió ella en voz baja, mirando a Douglas King y saludándolo con la mano–. Fuimos al Strip un par de veces. Naturalmente fue algo muy discreto, por el pleito con su esposa. No se trata de nada serio, aunque él procuró que lo fuese. Dios, cómo lo procuró. Quizás teme que tú le estés sacando ventaja.

–¿Hace bien en temer?

Ella sonrió, pero permaneció callada.

–Diablos –comenté–, tiene una bailarina de cancan brincando sobre su regazo.

–Oh, es un hombre –dijo Helen, como si esto hubiese explicado todo.

–Oye, bomboncito –murmuré, tomando a Helen por el brazo y acercándola a mí–. Espero que no seas una de esas muñecas sanguinarias a las que les gusta que los

hombres se batan como gladiadores por la hermosa dama.

–No soy así –respondió ella, sacudiendo la cabellera rubia platinada–. Decididamente no –levantó la mano y empezó a jugar con mi oreja derecha–. ¿Por qué quieres saberlo? ¿Él te asusta?

–Apenas un poco –contesté, mirando a King.

Yo había visto a ese tipo en la ciudad en un par de oportunidades, sin que me lo presentasen, y había presenciado una de sus películas, en las que él aparecía acuchillando cocodrilos y colgándose de los árboles por la cola o por algo parecido. Era un tipo endiabladamente atractivo si a uno le gustan ceñudos y hoscos, y era muy vanidoso. Medía un metro ochenta y estaba cubierto de protuberancias y éstas correspondían a músculos. Si uno no congeniaba con King, él usaba los músculos. Esto era prácticamente todo lo que sabía acerca de él, exceptuando lo que Helen había dicho: que tenía algunas dificultades con la custodia de sus hijos. Yo siempre me había sentido inclinado a pensar que cualquier hijo suyo debía estar en un zoológico, pero aparentemente eran normales. Además, según parecía, no quería dejarlos a cargo de la esposa de la que se había separado.

–No parece un hombre fácil de asustar –dijo Helen, soltando finalmente mi oreja.

–Como quieras –respondí sonriendo–. Si me hace una mueca le arrancaré todos los pelos del pecho.

Ella valoró sonoramente mi audacia mientras yo terminaba, de beber.

–Estoy atrasado en el licor –comenté–. ¿Cuánto hace que empezó la fiesta?

–A las dos. No estás muy atrasado.

–Me pondré a tono, ¿pero esto no es un poco extravagante? Un brindis antes que esté terminada la filmación.

–Ajá. Pero por eso empezamos temprano... para poder acostarnos temprano y estar frescos mañana. No es